



EXCMO. AYUNTAMIENTO
DE

Benalmádena



Centro de la Mujer



JUNTA DE ANDALUCÍA
INSTITUTO ANDALUZ DE LA MUJER

BEN
82-3
seg

II CERTAMEN LITERARIO MUNICIPIO DE BENALMÁDENA

En conmemoración del
DÍA INTERNACIONAL DE LA MUJER

(8 DE MARZO DE 2001)

TRABAJOS PREMIADOS

1º: ES SÓLO UN DÍA MÁS
(Elena Benítez Medina)

2º: HISTORIA DE UNA VIDA
(Aurora Ponte Jiménez)

3º: LA PUERTA ABIERTA
(Antonio L. Vera Velasco)

CENTRO DE LA MUJER
AYUNTAMIENTO DE BENALMÁDENA

II CERTAMEN LITERARIO MUNICIPIO DE BENALMÁDENA

En conmemoración del
DÍA INTERNACIONAL DE LA MUJER
(8 DE MARZO DE 2001)

NO SE PRESTA

**Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura**

R. 20930

Arroyo de la Miel

Sig.: BEN 82-3 seg

Tit.: II Certamen Literario Municip

Aut.:

Cód.: 8056663



**CENTRO DE LA MUJER
AYUNTAMIENTO DE BENALMÁDENA**



D

MUNICIPIO DE BENALMÁDENA

II CERTAMEN LITERARIO

En su edición del

II CERTAMEN LITERARIO

El Ayuntamiento de Benalmádena, en el marco de la Delegación de Municipios de la Delegación de Málaga, organiza el II Certamen Literario de Benalmádena. Hemos querido celebrar este certamen en Benalmádena, ya que es una ciudad que ha sabido conservar y hacer crecer su patrimonio cultural y artístico, y que ha sabido integrar la tradición y la modernidad.

Este certamen literario tiene como objetivo promover la creación literaria y el conocimiento de la ciudad de Benalmádena. Se aceptan obras de prosa y poesía, en castellano, de autores residentes en Benalmádena o en el municipio de Benalmádena. El premio consistirá en un diploma y una cantidad de dinero. El plazo de inscripción será de un mes antes de la fecha de entrega de las obras. Las obras deberán ser enviadas a: Ayuntamiento de Benalmádena, Calle de la Constitución, s/n, 29011 Benalmádena (Málaga).

El Ayuntamiento de Benalmádena se reserva el derecho de no publicar ninguna de las obras presentadas y de utilizar las que se consideren dignas para su publicación.

Edita:

Centro de la Mujer

AYUNTAMIENTO DE BENALMÁDENA

Depósito Legal:

MA-242-2001

Imprime:

Caligrama

Calle de la Constitución, s/n, 29011 Benalmádena (Málaga)

Teléfono: 952 00 00 00



ES SOLO UN DÍA MÁS

Elena Benítez Medina

Este libro recoge los trabajos premiados del II Certamen Literario *Municipio de Benalmádena* de la Delegación de Mujer del Excmo. Ayuntamiento de Benalmádena. Hemos convocado esta segunda edición con muchísima ilusión, ya que teníamos la experiencia del año anterior y hemos comprobado que la respuesta ha sido magnífica y la elección difícil.

Este certamen se convoca con el objetivo de fomentar la participación social y cultural de las mujeres y sensibilizar a la población sobre la situación de discriminación que viene soportando este colectivo. Situación que, aunque individualmente no la podemos cambiar, sí podemos contribuir entre todos a un cambio de actitud para así conseguir la igualdad plena entre hombres y mujeres.

Quisiera agradecer la colaboración de la Asociación de Mujeres *Arroyo-Benalmádena*, y sobre todo a los escritores participantes en este certamen. También felicitar a los ganadores y animar a todas las personas para que sigan contribuyendo a crear una sociedad más solidaria e igualitaria.

M^a José Bustos Zambrana

Delegada de Mujer

LA VOZ DE LAS MUJERES

Blanca Benítez Martínez

Este libro recoge los trabajos premiados del II Concurso Literario Municipal de Benabérra de la Diputación de Jaén por el primer premio. El jurado, formado por el Sr. D. Juan Benítez Martínez, Sr. D. Juan Benítez Martínez y Sr. D. Juan Benítez Martínez, ha elegido como ganador a Sr. D. Juan Benítez Martínez. Este libro recoge los trabajos premiados del II Concurso Literario Municipal de Benabérra de la Diputación de Jaén por el primer premio. El jurado, formado por el Sr. D. Juan Benítez Martínez, Sr. D. Juan Benítez Martínez y Sr. D. Juan Benítez Martínez, ha elegido como ganador a Sr. D. Juan Benítez Martínez.

Este certamen se convoca con el objetivo de fomentar la participación social y cultural de las mujeres y sensibilizar a la población sobre la situación de discriminación que sufren. Queremos cambiar, si podemos contribuir a un cambio de actitud para así conseguir la igualdad de oportunidades para las mujeres y hombres.

Queremos agradecer la colaboración de la Asociación de Mujeres Jóvenes Benabérra, y sobre todo a las mujeres participantes en este certamen. También felicitamos a todas las personas que han colaborado para la realización de este concurso. Queremos agradecer la colaboración de la Asociación de Mujeres Jóvenes Benabérra, y sobre todo a las mujeres participantes en este certamen. También felicitamos a todas las personas que han colaborado para la realización de este concurso.

ES SÓLO UN DÍA MÁS

Elena Benítez Medina

Hay que ver lo que tenemos que sufrir las mujeres. ¿Se han dado ustedes cuenta? Quizás ni siquiera se han parado a reflexionar sobre ello, pero les diré, para que conste, que el género femenino es todo un género "hecho y derecho". Nada de sexo débil; y si no, lean, lean:

Por ejemplo, y por empezar por algo, ¿se han percatado, señores y señoras, de lo que nos cuesta cada día, en sufriendo y en tiempo, salir a la calle? Los caballeros lo tienen bien fácil: un pantalón, una camisa, chaqueta, un lavadito de cara, un peinado y ya está, a la oficina, con los colegas, a echar el día.... qué envidia.

Pero nosotras, ay.... cuán dura es nuestra vida. Primero, levántate, hinchada, eso sí, por la retención de líquidos. Cuando te miras al espejo, del susto casi te da algo, pero a aguantar estoicamente... y comenzamos con nuestro ritual. Una duchita para entrar con fuerzas en la mañana que nos espera. Por supuesto, con repaso del guante de crin, que la celulitis la tenemos acampando salvajemente de cintura para abajo. Una vez terminada con la dolorosa ducha y con el maldito guantecito, pasamos a vestirnos, no sin antes untarnos bien de leche corporal, no vaya a ser que cuando nos meta mano nuestro compañero/marido/amante, o lo que sea, nos descubra reseca. Y menos mal que esta semana te pilla con la depilación hecha.



Pero ahí, queridos y queridas, no queda la cosa. Lo mejor aún no ha llegado. Después de tres horas para decidir qué ponernos que no nos haga más gorda, o más barriga, o más culo -que no se crean ustedes que es tarea fácil-, volvemos al espejo, ese que no es nuestro amigo, y que cada día nos descubre un granito o una arruguita más de infelicidad. Una vez allí, y armadas de una tremenda paciencia, empieza por darte la crema hidratante, el contorno de ojos, la base del maquillaje, los polvos compactos, la sombra, el perfilador de ojos, el rimel, los coloretes, el perfilador de labios y ufffff... la barra de labios.

Llegado a este punto es cuando cada día piensas lo sujeta que estamos las mujeres a la moda, a los roles que nos han ido metiendo cada día. Desde la televisión nos bombardean continuamente con siluetas perfectas, pechos preciosos -como si la ley de la gravedad no fuera con ellos-, a que con tal perfume conseguirás volver loco de pasión a tu compañero/marido/amante y si cuando te tomas tu danone desnatado no se te pone el cuerpo de la Crawford, la depresión es profunda.

Aparece de repente un pensamiento que te martiriza y acabas preguntándote si alguien, alguna vez, vio una presentadora tipo Jordi Estadella o Florentino Fernández, el del *Informal*. Qué injusta es esta vida....

Sales de tu ensimismamiento. Te perfumas, pero... por Dios!, si todavía llevas enrollada la toalla en la cabeza, y son las ocho de la mañana. Corre como una loca a despertar a los críos; mientras se desperezan aprovecha en unos minutos, antes de que invadan el cuarto de baño, para secarte esos pelos.

Y sigue corriendo... prepárale al desayuno. Despide a tu marido, que ha estado tranquilamente en el sofá viendo las noticias y esperando que le lleves el café, sin ni siquiera cues-

tionarse si sería capaz de prepararlo él-menos mal que hoy no te ha gritado que va a llegar tarde por tu culpa... Dale un besito apasionado y dile cuánto le quieres y que le echarás de menos y que no puedes vivir sin él.

Mételes el bocadillo a los niños en la mochila? Cárgalos en el coche. Sal corriendo para el colegio. Son las ocho y media y ya llegáis tarde. Déjales en la puerta del colegio, dales muchos besitos, di que los quieres, que los echarás de menos y que no podrías vivir sin ellos. Como recompensa, ellos te mirarán con cara rara y deseando que te largues para que no les tengas que hacer quedar mal con sus amigos/as.

Por fin un respiro ... la primera carrera de la mañana se ha terminado. Tranquilamente, y con el tiempo suficiente para llegar a la oficina, te vas haciendo un esquema mental del día que te espera: el trabajo pendiente en el despacho, con el capullo del jefe, que como siempre, aparece para hacerte cualquier tipo de encarguito que te destruya la mañana.

La compra, no se te puede olvidar comprar papel higiénico, del que le gusta a Paco, porque si no se te pone echo una fiera (por lo del sufrimiento en silencio, ya saben), la leche, huevos y... ¿qué más era? ^ ver si a lo largo de la mañana eres capaz de acordarte...

Piensa en el menú que pondrás para almorzar y en lo que pondrás para cenar, piensa en la lavadora que se ha quedado con la ropa mojada sin tender, y piensa en la ropa que está en el colgador sin recoger. Piensa en la plancha que prometiste planchar el domingo, pero que al final dejaste para no sé cuándo... Piensa en los platos que te esperan de anoche para cuando llegues, cual regalo de bienvenida. Piensa en el chándal roto del niño que tienes que coser... Y sigue pensando...

Sigue pensando y piensa que esta tarde, después de recoger la cocina tienes reunión de padres -que digo yo que po-

drían cambiarle el nombrecito de una vez, porque, la verdad sea dicha, quienes realmente participan en las asociaciones de padres no son los padres; noooo... somos las madres. A no ser que sea para ser el Presidente de la asociación, que para eso sí que participan los padres. Pero, en todo un alarde de generosidad, siempre nos dejan el puesto de secretaria para "cuando desees, guapetona, que tú vales mucho".

El claxon del coche que va detrás te vuelve al mundo. Sorprendida miras y descubres que es a ti a la que están pitando. -¿Qué habré hecho, si voy por mi carril tranquilamente!-. Alguna falta gravísima has debido de cometer porque el señor del coche de atrás, un individuo con bigote y puro -con lo que imponen los señores con bigote y puro que pitan- te está poniendo verde: que si te han dado el carné en una tómbola, que si mujer tenías que ser, que si no tendrás cosas que hacer en tu casa... En fin, para qué seguir contándoles la cantidad de frascitas lapidarias que el buen señor soltó por su boca.

Mientras oyes tales improprios intentas no prestar atención, porque en el fondo te das cuenta de que el buen señor es un pobre infeliz, educado en otro mundo, no en éste, que tiene que fogar su frustración con quien cree más débil, pero que en el momento en el que otro señor -este ya con barba, para que imponga aún más- le grite a él, calla, asiente y traga.

Cuando por fin llegas a casa, cansada de participar en lo que puedes y te dejan de la educación de tus hijos tienes esperando a unos mocosos, que si no te peleas con ellos no se duchan, que vienen de hacer deporte, con la ropa echa un asco, pidiéndote algo de comer porque se mueren de hambre y no pueden esperar a que les prepares la cena y encima tienes que estar pendientes de ellos para que se pongan a hacer los deberes que los profesores les han puesto, ayudándoles, por supuesto porque la mitad de las veces ni se enteran de lo que han aprendido en el colegio.

Y quizás os preguntéis dónde está Paco. Paco, os diré, está reunido, o en el bar, con los amigos viendo el partido de liga, o de la champions ligue (o como leches se escriba), o de la Copa del Rey, o está haciendo deporte, porque el hombre debe cuidarse y se ha apuntado al gimnasio, pensando, quizás como el de *American Beauty*, que con un poco más de músculo todavía puede cautivar a alguna jovencita que le ponga a tono y darle algún repasito sin que se entere su mujercita.

Mientras vas preparando la cena, con todos a la mesa, bien sentaditos esperándote como fieras que nunca hubieran probado bocado, tú piensas dónde está tu vida. Esa vida que te prometieron cuando eras pequeñita y veías a *Blanca Nieves* o te emocionabas con *Cenicienta*. Esa vida que nos inventó el señor bueno y bondadoso de Walt Disney -se ve que el pobre la realidad la catába poco, porque no quiero atreverme siquiera a pensar con un poquito (solo un poquito) más de maldad-, con películas como la *Bella Durmiente*, tan bella, tan bella y tan esbelta, esperando, inmóvil, al príncipe azul. Y piensas, una vez más, que después del "y comieron perdices y vivieron felices" no nos contaron que el castillo hay que limpiarlo, y que de cien veces, ciento una te toca a ti, que tu príncipe azul no es tan azul ni tan príncipe.

Y si aún, osada tú, llegas a la mesa con mala cara, interrogando por qué nadie te ayuda, encima tu Paco todavía es capaz de preguntarte: -¿Qué te pasa esta noche?, ¿vas a empezar con la regla?-. Porque, eso sí, los hombres son expertos en descifrar cuándo tienes el síndrome pre-menstrual, o el menstrual, o el post-menstrual. O cuándo empiezas a estar menopáusica. Hasta en eso tienen suerte los jodíos: siempre hay una ayuda hormonal que los salva de nuestro estado consciente. Es muchísimo mejor, y cien mil veces más fácil, culpar al sistema hormonal femenino que tener que explicar la realidad. Y es que eso de ser machista es un chollo y además se vive

muy bien.

Llega la hora de irse a la cama. Tú, que además de lavar, planchar, fregar, cocinar, educar, administrar y otras fantásticas cosas más, también te has preocupado por buscar un conjunto de lencería monísima para que tu matrimonio no se convierta en sólo dos personas que duermen una al lado de la otra casi sin mirarse, te pones esa monería con la que te sientes una mujer sexy y atractiva, con toda tu ilusión, deseando que tu maridito entre en la habitación para sorprenderle. Pero ¡ay!, te vuelves a encontrar con la realidad más cruda cuando tu querido, el objeto de tu deseo, ni siquiera se da cuenta de que no llevas ni camisión hasta los tobillos, ni bata, ni rulos.

Una vez superada la primera desilusión, decides continuar, porque esta noche te apetece disfrutar de una noche de pasión, como las que recuerdas de antes. Y te acercas a él, le susurras al oído mientras se está desnudando, le dices que lo deseas, le acaricias el cuello y empiezas a besarle...

Él, Paco, que lo único que lleva puesto a estas alturas son sus calzoncillos, nada sexys por cierto, y sus calcetines - hay que ver estos hombres qué trabajo que les cuesta quitarse los calcetines (igual piensan que nos pone)- se mete en la cama sin hacerte mucho caso, diciendo que está muy cansado y que le duele la cabeza.

Y se queda tan ancho, el buen hombre. Cansado ¿de qué? Y que le duele la cabeza. ¿Pero esa excusa no era nuestra? ¿No éramos nosotras las del dolor de cabeza? Ahora va a resultar que en realidad, toda esa fanfarronada que se tiran con sus amigos de *tres veces, tres: la dejé rendidita* es sólo eso, fanfarronería. Y que la realidad dista mucho de sus fantasías animadas de ayer y de hoy. Ya se sabe "hombre fanfarrón poco ..." (échenle ustedes imaginación que a mí me da la risa).

Bueno, pues nada, hombre, a esperar a que al señorito se

le quite el cansancio y, por cierto, para mañana, con la cena, un par de aspirinitas de postre, que más vale prevenir que luego no catar.

En fin, que en la vida de la mujer no es oro todo lo que reluce. Y eso que no hemos hablado de los problemas a los que nos enfrentamos en la oficina, donde un capullo lameculos, que llegó muchísimo después que tú, al que le sacas el trabajo adelante, acaba siendo ascendido, mientras que tú, esa chica tan mona que nos resuelve tan bien los problemas, continúas en el mismo sitio, ganando lo mismo, y sacando el trabajo de más de un capullo-lame-culos-cualquiera incapaz de pensar en otra cosa que no sean las mujeres y el fútbol.

Ni tampoco hemos hablado de cientos de discriminaciones diarias que las mujeres tenemos que seguir padeciendo cada día. Pero tranquilas, este es nuestro siglo. Y nuestra lucha continúa en la calle, en la casa, en el trabajo, en la asociación de madres, en la comunidad de vecinos (y vecinás), en la asociación del pueblo, en la solidaridad y en muchos, muchos frentes más.



Historia de una vida

Aurora Ponte Jiménez

“Esos lazos verdes van a resaltar el collar de sus ojos, porque mi niña ha sacao los ojos de mi Pepe”, le decía Juana cariñosamente a la dependienta de la mercería donde le compraba a su nieta cintas para el pelo cuando recibía su paga.

Juana había tenido cuatro hijos varones que confirmaron su creencia de que ella no estaba hecha para tratar con mujeres, pues tampoco tenía hermanas. Era la única mujer en un mundo de hombres desde que perdió a su madre.

Teresa era su tercera nieta y la única niña, parlo mismo era su vida, su alegría y su única esperanza de que las “cosas de mujeres” de su familia siguieran en este mundo cuando ella se marchase, Quería enseñarle a coser, a bordar, a cocinar los mismos platos que ella aprendió de su madre y de su abuela siendo una niña: los potajes de berzas, los roscos de vino que ella continuaba preparando cada Navidad,...

Lourdes era la madre de Teresa, la mujer de su hijo menor. Cada vez que veía llegar a Juana con las cintas coloridas para la niña le decía lo mismo: “Juana, no se gaste los dineros que a las niñas de hoy le gustan otras cosas”. Y no le faltaba razón. Teresa tenía quince años, estudiaba cuarto de ESO y era una niña muy simpática, tenía muchas amigas y le gustaba salir con ellas a tomar algo a la discoteca los sábados por la noche o a tomar un café. A pesar de esas ocupaciones, siempre encontraba un momento para ver a su abuela Juana, sentía

por ella un cariño especial y una admiración profunda pues para ella Juana era una luchadora excepcional en una vida difícil, a pesar de que siempre se había dedicado a las labores del hogar para los "hombres de su vida". La verdad es que a Teresa no le hacían especial ilusión aquellos lazos de mil colores que su abuela le regalaba, pero los ataba al cabecero de su cama con el mismo cariño con los que Juana se los entregaba. De este modo, Teresa dormía cada noche arropada por cientos de cintas de colores alborotadas. En ocasiones, escogía una de ellas para

recogerse el pelo y así ataviada iba a visitar a Juana, que la recibía con los ojos emocionados, como si llevara una eternidad sin verla.

Teresa pasaba siempre más tiempo del que planeaba en casa de su abuela, que inmediatamente le pedía ayuda a su nieta. Con este sistema Teresa había aprendido a hacer muchas cosas. A veces, Juana ponía a Teresa a ordenarle el costurero mientras ella preparaba café de "pucherillo" y pan con aceite para las dos.

Aquellas tardes siempre pasaban volando. Juana se interesaba mucho por todo lo que hacía su nieta y, aunque apenas entendía lo que su nieta le explicaba, le preguntaba por los estudios,... aunque siempre ponía un afán especial en conocer si su nieta tenía "pretendientes". Juana criticaba algunas de las cosas que le contaba su nieta, por ejemplo la forma de divertirse de la juventud, "Iguallito que antes, que había una diversión sana". Teresa sólo podía asentir con ja cabeza aunque ella formara parte de esa "generación pérdida". Juana lo sabía pero le agradecía ese silencio a su nieta, que sólo pretendía no disgustar a la abuela y ayudarla a mantener la ilusión de que Teresa continuara la tradición de la familia. La niña se pasaba las tardes en aquella cocina escuchando a historia de una vida.

Juana había nacido en el Arroyo de la Miel, como sus hermanos, sus padres y toda su familia. Su casa estaba en la Plaza de España y continuaba allí. Juana se había quedado en la casa familiar tras morir su padre y casar a sus hermanos. Sin embargo, aquel lugar que ella recordaba lleno de cabras había cambiado mucho, ahora había bares de extranjeros y era un lugar de paso para todo visitante, pero algo continuaba igual: el olor de los jazmines de su puerta en verano, donde tantas veces se había sentado con su Pepe.

El padre de Juana era medianero, trabajaba las tierras de Doña Carlota, una señora muy importante poseedora de casi todos los terrenos. A veces, el padre de Teresa iba a plantar fresas y a trabajar en la caña de azúcar, ella le llevaba la comida. Su madre cuidaba de la casa y de los siete hijos del matrimonio, de los cuales Juana era la única "mujercita". Muy pronto su madre enfermó y Juana tuvo que renunciar a jugar al guiso o al pilla-pilla con las niñas de la Plaza para ayudar en la casa. Su madre la enseñó a cocinar, a encargarse de la limpieza, de la ropa,... iban juntas a lavar al Cao y a comprar fiado a la tienda de Eugenio, uno de los dos comercios que habla en el pueblo y que tenía que esperar a las cosechas del verano para que los clientes saldaran sus deudas,

La madre de Juana nunca se recuperó del todo pero mejoró lo bastante para que todos pensarán que había pasado el peligro. La primavera en que Juana cumplió diez años, fueron juntas a Pepe el estanco, el único comercio del lugar donde podían comprar tela para hacerle a Juana un vestido "como el de las niñas mayores". Al final del invierno, la madre de Juana se puso de parto, esa noche Juana conoció a Anica Torres, una mujer que ejercía de matrona y que tendría ocasión de ver más veces, pues asistiría a Juana en dos partos antes de que las mujeres comenzaran a ir a la capital para dar a luz. Su madre murió no sin antes dejar a su cargo a Guillermo, el menor

de los hermanos de Juana. Aquel mismo día asumió el papel de "mujer de la casa" y cuidó y veló por su padre y sus seis hermanos hasta que se casaron y abandonaron el nido. De todos ellos, Guillermo había sido prácticamente un hijo.

Los primeros meses, su padre había sido muy paciente con ella, pero rápidamente Juana tomó el mando de la casa. Se convirtió en la luchadora que ahora su nieta Teresa admiraba. La Navidad siguiente Juana preparó los roscos de Navidad continuando con la tradición que mantuvieron sus madre y su abuela. Aquellas fiestas su padre comprendió que ya era toda una mujer y empezó a tenerla en cuenta en todas las decisiones de la casa.

Cuando Juana tenía diecisiete años (los mismos que ahora Teresa) su padre le dio dinero para la tela de un vestido. Se compró un pedazo muy grande de una tela amauta con flores y se hizo un vestido y un pañuelo para asistir a la verbena de San Juan, unas fiestas que nunca olvidaría.

A Teresa le hacía mucha gracia escuchar la descripción que su abuela hacía de aquellas fiestas, por que hoy, la feria del Arroyo era un tumulto de gente paseando entre atracciones estrepitosas y casetas con música moderna en su mayoría. Sin embargo, antiguamente, la verbena de San Juan se celebraba en un llano contiguo a la Plaza, justo detrás de donde hoy está el kiosco. Acudía un carrillo que vendía turrón y todo se llenaba de farolillos. En ese "tinglaíto" conoció Juana a Pepe. El tenía dieciocho años, pertenecía a una familia de pescadores de la Carihuela pero la cosa andaba mal y la barca no daba para que comieran los ocho que eran en la casa, así que Pepe había venido a ayudar a los medianeros en la siembra de cebollas. Era alto, moreno y con unos hermosos ojos verdes que Juana no había dejado de ver brillando en la oscuridad de la noche desde aquella misma verbena. Teresa tenía los mismos ojos luminosos que su abuelo, tal vez por eso Juana no se can-

saba de mirarlos, porque le recordaban a su Pepe.

Durante los meses siguientes, fueron juntos a un par de reuniones de las que se celebraban en el Diablito. Allí se reunían los jóvenes y bailaban al ritmo de los pasodobles que entonaban los muchachos del pueblo, que llevaban sus instrumentos: el acordeón, la batería de *El Valla...*

Al año siguiente se casaron en la Ermita, delante de la Inmaculada Concepción, allí donde Juana deseaba ver casarse a Teresa algún día. Después se fueron a vivir a la casa de la Plaza donde todavía quedaban dos de los hermanos de Teresa y su padre, que había dejado las tareas del campo para que Pepe lo reemplazara.

El año en que Teresa celebraba su quinto aniversario pasaron muchas cosas: Guillermo se casó y se fue a vivir a Sevilla con la familia de su mujer, nació su tercer hijo, Pablo y, a principios de año, murió su padre, que se fue después de tomarse el café con sabor a matalahúva que su hija le habla preparado.

Desde ese momento, Juana continuó con los mismos quehaceres para su marido y sus hijos. Tuvieron cuatro varones y a todos los quería por igual, pero siempre tuvo la pena de no tener una hija a la que enseñarle lo que sabía hacer, hasta que llegó Teresa.

Desde entonces, las cosas habían cambiado mucho. Una mañana Juana se levantó y salió a la calle, entonces se paró un momento a observar los cambios: había tiendas por todas partes: comestibles, ropa, zapatos..., bares, academias... La caña de azúcar y la fresa habían desaparecido, ahora se vivía del turismo; no quedaba ni rastro de los borricos que durante años se habían utilizado para transportar, en diez o quince años todo se llenó de coches; el pueblo había crecido tanto que llegó un día en que la gente dejó de conocerse. "Todo tiene que

cambiar", pensaba Juana, y ese era el mundo en el que había crecido su nieta Teresa. Esa niña que se ponía las cintas en el pelo por contentar a su abuela, saldría fuera, conocería otros lugares y gentes que Juana ni siquiera suponía que existieran; estudiaría y haría su vida. A pesar de que Juana deseaba tener en Teresa una continuidad de si misma, comprendía que su nieta iba a buscar la felicidad que ella había encontrado por otro camino, por eso siempre la apoyaba y la animaba cuando la niña le expresaba sus deseos de viajar a Córdoba a estudiar veterinaria.

El día que Teresa llegó a casa de su abuela Juana para despedirse, llevaba una maleta con todas las cintas de colores atadas en una de las asas, las había quitado del cabecero de su cama para llevarlas con ella. Se marchaba a Córdoba a estudiar, pero le prometió a Juana que vendría a visitarla en Navidad, así que tendría que tener preparados los roscos de vino para entonces.

A medida que Teresa se alejaba con todas esas cintas revoloteando a su alrededor, Juana se sentía más tranquila porque había escuchado que su Pepe le decía a través de los ojos verdes de Teresa: "Tranquila Juanita, yo estaré con tu niña".

LA PUERTA ABIERTA

Antonio Luis Vera Velasco

No hay presagios. El Destino no nos manda heraldos.

Es demasiado sabio o demasiado cruel para hacerlo.

Oscar Wilde

Entre ellos se conocían, y eran casi siempre los mismos, los que desfilaban por aquella parte del recinto. Psicóticos incurables, con toda la variedad de delirios; viejos con demencias seniles; oligofrénicos depresivos; todos se reunían en aquel salón cuadrangular donde unas cuantas mesas de madera, blancuzcas y sucias por los restos de azúcar y las manchas del los innumerables vasos de café que soportaban a lo largo día, servían de centro alrededor del cual giraba el conjunto de pacientes que disponía de ganas, ánimo y permiso para abandonar la planta. A la derecha de la entrada, dividida por un pilar de sujeción en donde colgaba un cartelón amarillento con los precios del bar, se encontraba la barra. Esta era atendida por un señor bajito y regordete que se afanaba en servir a todos al mismo tiempo, y por dos pacientes de los de rehabilitación. No era por su gusto por lo que tenía a dos *majaras* para atender al público, decía el encargado a todo aquel que quisiera escucharle, sino una condición que el hospital le imponía para poder llevar el negocio. De cuando en cuando, unos cuántos médicos y enfermeras se acercaban al mostrador, destacando con sus batas blancas entre los monos verdes de los

celadores y las ropas estridentes de los pacientes. Ropas enfermas y contrahechas como las mentes y cuernos que cubrían. Ropas torpes y desaliñadas como las almas que tapaban.

Se acercaba el mediodía. Los enfermos, que se encontraban en la sala, iban marchándose cuando Paca entró en el bar. De pequeña estatura, delgada, sus facciones, sin ser hermosas, resultaban simpáticas, a pesar de que las gafas le daban un cierto aire de imbecilidad. El pelo, corto y negro, con un flequillo que tendía a elevarse, dejaba al descubierto una frente salpicada de acné. Sus manos, grandes y fuertes, parecían indicar una procedencia campesina; vestía una camisa amarilla y unos pantalones vaqueros, y sus zapatos dejaban ver varios rotos.

Paca, tras acercarse al mostrador y pedir un refresco, se dirigió a un grupo de enfermeros que tomaba el aperitivo.

-Manolo, ¿sabes dónde está Fraile?

-Creo que está con un nuevo paciente

-Elena me ha dicho que va lo ha visto y que venía para acá.

-Pues no sé... imagino que entonces vendrá ahora...

¿Qué os pareció el partido de anoche? -se dirigió el enfermero a la reunión.

-Tenemos un entrenador que no tiene ni idea -contestó uno de mantenimiento.

-¿Y dónde puede estar? -insistió Paca.

-El primer gol no lo merecimos...

-En su despacho no está. ¿Tú sabes dónde puede estar?...

Como casi siempre, no le hacían caso. Paca se apartó del grupo y se apoyó al final de la barra. Maldecía en su interior su suerte y sentía que le embargaba la ansiedad. La opre-

sión, que le agarrotaba el pecho, le recordó aquella otra que sintiera años antes, cuando vio la sala a la que la destinaban. Entonces aún no había cumplido los quince años, y la habían traído al hospital desde el orfanato. No podía continuar allí y sus padres no querían tenerla consigo, por lo que en la inclusa le habían hablado de que la mandarían a un colegio, en donde encontraría a otras niñas que se encontraban en circunstancias como las suyas. Y ciertamente al principio no le había parecido mal. En el peor de los casos, siempre sería distinto al infierno de su casa, se consolaba.

A veces rememoraba la temporada que pasó con sus padres, cuando el hospital les obligó a llevársela con ellos. El pueblo, con sus calles resacas; la pequeña y destartada casa, en la que se recogían como cucarachas, buscando algo de frescor; su madre, huesuda, arrugada, siempre protestando; repitiéndole una y otra vez que nunca hacía nada de provecho... En sus ojos había leído un odio extraño y, al cabo de los años, aún no sabía por qué. Luego su padre, alcohólico, que le pegaba por la menor insignificancia, que le repetía cruelmente que era una estúpida, un costal de huesos que no había merecido el trabajo de traerla al mundo. Pero lo peor eran las noches. A la luz de una bombilla, alrededor de una mesa pringosa de pino basto, las recriminaciones le parecían más agrias, el miedo y el hambre de sus hermanos más palpables y el olor a alcohol más intenso. Aún temblaba al recordar la cara de su padre acercándose para maldecirla, mientras le clavaba una mirada vidriosa y opaca que la llenaba de pavor. No pudo aguantar la situación y huyó al cabo de doce días. Tomó el autobús de línea y recorrió, agazapada en el asiento, temiendo que la hicieran volver, los veinte kilómetros que separaban el pueblo de la capital. Luego la libertad estrecha de las aceras, y el mirar escaparates todo el tiempo. Aquella noche durmió en un portal, y a la mañana siguiente un vaso de leche, un bollo

comprado en una panadería cualquiera y otra vez vuelta a andar, contemplando a la gente vagar de un lado para otro. Recorrió barrios intuyendo sus fronteras en el bullicio cambiante de sus calles, en la particularidad de sus casas, en el fragor de sus ruidos. Estuvo en plazas escondidas y en paseos enfilados de naranjos, en confusas avenidas y en calles estrechas y escondidas, en esquinas marchitas y plazoletas encantadas... Al final dieron con ella en uno grandes almacenes, cuando intentaba escabullirse con una pulsera.

“¿Por qué diablos no me dominaría? ¡Pero es que era tan bonita!”.

Nadie pareció darse cuenta, pero la tomaron del brazo cuando ya se marchaba. Ella lo negó todo, desde luego; pero no la creyeron.

“Bueno, no fue tan raro... Tampoco me creían cuando decía la verdad...”.

La introdujeron en un despacho. Una mujer le dijo allí que la tendría que registrar, así que no tuvo más remedio que devolver la pulsera. Más tarde llegó un hombre, que le hizo un montón de preguntas, a las que no contestó. Ni siquiera le dijo su nombre, aunque este llegó hasta a amenazarla para que lo dijera.

“¿Qué esperaba el tío? ¿Qué respondiera para que me volvieran a mandar a mi casa?”.

No la dejaron sola ni un momento. Luego vino la policía, y finalmente tuvo que decir que se había escapado y que estaba en el psiquiátrico.

“Por una asquerosa pulsera de veinte duros. ¡Por suerte no me volvieron a mandar con mi madre y el cabrón de su marido!...”.

Nunca pudo ir al colegio del que le hablaron. Llegaron al orfelinato unos hombres que querían hablar con ella, de lo

que opinaba de sus compañeras, de lo que pensaba de sus padres.

“Y me colgaron el sambenito de neurótica y cosas así”.

Esto último se lo había contado su madre, la única vez que fue después a visitarla, cuando ya llevaba una semana ingresada en el Hospital.

“¿Neurótica por qué? ¿Porque no me callaba y decía las cosas por su nombre? ¿Porque no me dejaba avasallar por nadie? ¿Porque no tenía ganas de aguantar las preguntas idiotas que me hicieron?”

-A ver, Paca. Voy a decir una palabra y tú me contestas con la primera que se te ocurra, ¿de acuerdo?

-Bueno.

-Empezamos: blanco.

-La leche.

-Negro.

-Morado.

-Pájaro.

-¿Oiga, esto no tiene sentido? ¿Es un juego?

-Más o menos. Pero contesta como te he dicho... Por favor...

-¡Pero a mí me aburre!

-Sigamos, es necesario. Pájaro.

-Mierda.

-Flor.

-¡Mierda, mierda y mierda!...

Era curioso, después de tanto tiempo, aún tenía la impresión de que era el no haber hecho bien el estúpido jueguito lo que hizo que ellos creyeran que estaba loca, pero...

¡Dónde está ese desgraciado de Fraile! ¿Es que no sabe que mi cumpleaños ya ha sido? ¡Y el loco este dando la lata!

-¡Dame refresco!

-¡Vete al infierno, cretino!

-¡Dame refresco!

-Una leche es lo que te voy a dar como sigas dando la coña!

Paca se levantó, acercándose a una esquina menos concurrida. A continuación volvió a hundirse en sus pensamientos.

“...Y luego el psiquiátrico.... Que si lo hacían por mi bien, que sólo era por poco tiempo... ¡Dios! ¿Por qué no me dijeron claramente que no sabían dónde meterme?...”

Nunca olvidaría el primer día que pasó allí. Tuvo que esperar un buen rato en recepción, mientras un miedo sutil y resbaladizo la iba mojando por dentro. Luego la entrevista con el médico, la escueta bienvenida del jefe de planta, y las normas más generales que tendría que observar: así no podía salir del recinto sin permiso, existía un horario de comidas a respetar, tendría que seguir la medicación que se le indicara... Aunque por lo demás, ya sabía, era libre de hacer lo que quisiera y, por supuesto, todo el personal estaba a su disposición. Luego le enseñaron el edificio, en dónde podía estar y en dónde no, la situación de los comedores, el lugar en el que tenía que dejar sus cosas... Pero, ¿dónde dejar sus ganas de salir corriendo? ¿Dónde encerrar sus ganas de abandonar aquellas salas? ¿Dónde ocultar sus deseos de escapar de aquellos seres desconocidos, que se movían como autómatas?... Mujeres desaliñadas, mustias, desgarradas, deformes algunas, y que se le quedaban mirando con un brillo apagado en las pupilas; hombres que se deslizaban al igual que sombras, mientras el ruido, un rumor de mil sonidos, se quebraba en canciones des-

templadas, en nombres dichos a gritos, en anuncios estridentes en la radio y alaridos que le sonaban muy cercanos. Y ese olor acre y dulzón a miseria, a cuernos sudados, a suciedad que no llega a desaparecer del todo, introduciéndose todo el tiempo en su nariz, envolviéndolo todo.

No durmió aquella noche, ni la siguiente. Rodeada de respiraciones agitadas, roncadas, trémulas algunas, lloró encogida en su cama, mientras la angustia y la desesperación le atenazaba el alma y la hacía temblar, como el cuerpo de un azogado. Decidió escaparse en cuanto pudiera. Lo intentó por dos veces, y las dos veces no llegó ni a la verja de salida. Cuando estallaba -ataques histéricos les decían- le daban pastillas que la atontaban...

Hizo un movimiento brusco con la cabeza. No quería recordar esa parte de su vida ahora que estaba a punto de finalizar su encierro.

“¡Y el maldito Fraile sin aparecer!...”.

Él fue quien le ofreció una esperanza. Tendría que estar en el psiquiátrico hasta que cumpliera los dieciocho años, ya que sus padres no querían saber nada de ella, pero después podría marcharse donde quisiera. Irse, marcharse lejos, ese era el sueño que le habla permitido no sucumbir al desaliento. ¡Y su cumpleaños había sido hacía cuatro días! Quizás a Fraile se le había olvidado a fecha -esta idea la alteró, pero la desechó rápidamente-. No, no podía ser. El sabía que aguantaba por su promesa. Seguramente estaba muy ocupado... Además hoy le tocaba entrevistarse con él, y nunca había dejado de hacerlo. “¡Pero mi hora de siempre es a las doce! ¿Por qué no aparece?..”. Paca intentó no dejarse arrastrar por el nerviosismo. “Idiota, no debes gritar! No debes hacerlo!”, pensó con insistencia. “¡Imbécil, domínate! ¡Recréate en lo que harás cuando salgas de aquí!”, se insistió con determinación.

Había ahorrado un poco gracias a lo que le daban por algunos trabajos, como el hacer cajas de cartón o limpiar los coches que llegaban al hospital. No era mucho, pero calculaba que sí lo suficiente para poder mantenerse durante un par de semanas. Ciertamente no esperaba tardar más en encontrar trabajo. Le habían dicho que no existían problemas para colocarse de criada, pero no le importaba que tuviera que ser de cualquier otra cosa. Cuidadora de niños o secretaria tampoco estaría mal. Le gustaba los niños, y por eso buscada una casa decente en la que los hubiera y le dieran alojamiento también. Trabajaría duro, y guardaría lo que ganara y luego un día abriría una tienda en algún sitio. Una tienda donde vendería cosas de comer, o quizá montaría una mercería en un pueblo. En cualquier pueblo menos en el suyo, porque eso sí lo tenía claro... De todos modos prefería trabajar con un matrimonio, porque con los señoritos solteros ya se sabía lo que pasa. Aparte del trabajo de la casa, quieren otros *servicios*, y ella no estaba dispuesta a consentirlo. No, no le ocurriría como a la Antonia: una barriga y a la calle. Aunque la Antonia tenía redaños, qué diablos. Un día lo esperó en la puerta de la casa e intentó apuñalarlo... Al final los jueces dijeron que estaba loca, y que no tenía una inteligencia normal. ¡Ja, normal! Sólo porque había intentado destripar al maldito cerdo que la preñó!... ¡Asqueroso bicho!... El fulano no quiso saber nada de la Antonia ni del niño, y lo negó todo. Y, claro, le creyeron a él. Después... La Antonia otra vez a tercera planta, y el niño al hospicio... Pero... “¡Al fin, Fraile!”.

Un hombre no muy alto, atlético, de unos cincuenta años, pelo canoso y con cara de aburrimiento, se acercó a la barra, acompañado de una mujer que le enseñaba unos gráficos. Paca, al verles, se levantó de la silla y se acercó a ambos.

-Mira, Pepe, después de las pruebas, el *electro* da normal en un ochenta por ciento. Puede que se trate de una epi-

lépsia alcohólica y que, lo que pasa, es que el tío consigue aquí el vino sin nosotros saberlo. Ten en cuenta que Manoló tampoco ha conseguido nada con las pruebas neurológicas que le pasé, y de todas formas es evidente que el individuo es un depresivo.

-Pero los ataques no tienen connotaciones claras de histeria, así que tiene que haber un sustrato lesionado por algún lado, ya que...

-¿Doctor Fraile?

-¡Ah! hola, Paca... ¿Qué quieres?

-Mi cumpleaños fue hace cuatro días.

-¡Ah, sí, es verdad!... Felicidades atrasadas... ¿Te regalaron muchas cosas?

-Algunas... Pero lo que quiero es hablar con usted. Hoy teníamos entrevista.

-Lo siento, hoy no he podido atender a nadie, me ha sido completamente imposible.

Paca observó que el doctor miraba con gesto cómplice a su colega. La duda arraigó en su mente. Algo iba mal. Sentía que Fraile intentaba esquivarla, que no quería enfrentarse al motivo que a ella le había llevado a acercarse y que flotaba tácitamente en la conversación. Luego, con una mueca ansiosa, volvió a insistir:

-Pero es que quiero hablar de cuándo me va a dar el alta... Ya tengo dieciocho años...

-Mira, ahora ves que estoy muy ocupado y que...

-¡Pero teníamos una cita!

Fraile hizo un gesto de disgusto.

-En fin, está bien, vamos al despacho... Rosa, discúlpame un momento -se dirigió a su compañera.

-¿Te espero aquí?

-Sí, vuelvo enseguida... Vamos, Paca -ordenó enérgico- encaminándose hacia la salida.

Avanzaban por los pasillos. Fraile, resuelto y seguro, saludaba a unos y se detenía a instancias de otros. Paca, detrás de él, con el gesto hosco y los labios apretados, aguardaba que finalizaran las interrupciones.

-Pepe, ¿vas a venir a la sesión del martes en el clínico?

-¿A qué hora es?

-A las doce, en el aula de patología.

-Intentaré ir, pero creo que tengo reunión de la Junta.

-Reunión de *pastores*, ¿eh? A ver si por lo menos solucionáis lo de las guardias, que se está volviendo eterno. Bueno, me voy, que tengo que darle estos informes a Eduardo.

¡Hasta luego!

Unos pasos más, un poco más cerca...

-Ignacio, un momento!

-¡Dime!

-Necesito que metas a dos más para la semana que viene.

-Me parece que tengo el grupo completo... ¿Has hablado con Fernández?

-Sí, pero le sobran pacientes.

-Bueno, pues veremos lo que puedo hacer... En fin, luego hablamos...

—Está bien,

Paca se relajó un poco. Por fin llegaban al despacho. En la entrada un papel sujetado con chinchetas en la puerta indicaba el horario de visita. Fraile abrió y ambos pasaron.

El despacho era amplio. Un sofá invitaba a sentarse a la

derecha. De las paredes colgaban varias reproducciones de cuadros y un par de diplomas: un Miró de brillante colorido, *La habitación del artista en Arles* de Van Gogh, una marina de Sorolla, el diploma de cierta escuela psicoanalítica, y algún que otro certificado de especialización más, coloreaban la estancia. Frente a la mesa se hallaban dos sillas, en una de las cuales se sentaba un individuo medio calvo, que se volvió al oírles entrar.

-Pepe, tengo que hablarte de algo que me has endosado y que...

No terminó la frase, se quedó en silencio, al ver a la interna.

-Hola, Antonio -le saludó Fraile.

-Me marchó, creí que hoy no tenías entrevistas. Hola, Paca! ¿Qué tal estás? -se dirigió a ella, al tiempo que se levantaba.

-No te vayas, Antonio, es sólo un momento -le indicó Fraile.

El doctor pasó a sentarse en su sillón. Paca tomó asiento en la silla que había abandonado el psicólogo. Este se acomodó en el sofá, fingiendo enfrascarse en unos papeles. Fraile alcanzó un bolígrafo y lo hizo girar entre los dedos. Paca restregaba sus manos con impaciencia. Esperando. Pensando, qué pintaba el otro allí.

-Bien, tú dirás, Paca.

-Bueno, verá, usted me prometió que, cuando cumpliera los dieciocho años, me daría el alta, que me podría marchar de aquí.

-Sí, es verdad, pero también te dije que eso sería siempre que no hubiera inconvenientes.

-¿Qué inconvenientes hay?

-No todo es tan fácil; verás, no podemos dejarte por ahí sin saber siquiera cómo vas a vivir.

-¡Si yo estoy bien! ¡Ya no tomo medicación!

-Ya... Pero sabes que sufres ataques de cuando en cuando. De todas formas esto no es lo más importante. Lo importante es que si te vas, ¿cómo vas a vivir?, ¿de qué vas a comer? Tú sabes que con tu familia no puedes contar...

-Tengo dinero. Puedo irme a una pensión, mientras encuentro trabajo. De criada siempre hay... O de lo que sea... Y además usted me prometió que saldría cuando tuviera dieciocho años.

-¿Y si no encuentras trabajo? ¿Sabes la cantidad de parados que hay? Escúchame; con esto no estoy diciendo que no te vaya a dar el alta, pero es un asunto que hay que ver despacio. Vamos a hacer una cosa: intentaremos buscarte trabajo y...

-¡Lo que quiero es salir de aquí! ¡Qué me den el alta! -gritó ansiosamente.

-No te alteres... ¿Ves? Te pones nerviosa con demasiada facilidad -le indicó Fraile, incorporándose.

-¡Me altero porque me ahogo!

-Mira, Paca, ahora no puedo atenderte. Hablaremos después largo del asunto y, si vemos que es posible arreglarlo, no te preocupes, porque podrás hacer la maleta. Y ahora vete a almorzar, que se te va a pasar el segundo turno.

-¡Pero...!

-Por favor...

Fraile la levantó de la silla, echándole un brazo por los hombros, dirigiéndola suave, pero firmemente hacia la puerta. Paca, con los brazos en tensión, los puños apretados, notaba que se agolpaban las palabras en la garganta, las razones en el

córazón. Luchaban por salir, quemándole con el fuego de la ira. Sentía que la ahogaban, con una insana determinación.

La puerta se cerró tras ella. Paca, rígida, temblándole cada poro de la piel, avanzó un par de metros por el pasillo. En la habitación, Fraile, con gesto cansino, volvió a sentarse. Después miró pensativamente hacia la puerta. Entonces su compañero le habló.

- Parece que está un poco "nerviosa" la chica, ¿no?

- ¡Bah!... Es un caso de los de siempre.

- Me pareció a punto de saltar... Y, a propósito, ¿qué historia es esa del cumpleaños?

- Nada, tampoco tiene mucha importancia... Antonio haz el favor de abrir un poco la puerta, hace calor aquí. En fin, la historia es que ya sabes que esta viene del orfanato, y que cuando me encargaron que la llevara...

Paca clavó sus ojos en la largura del pasillo. Ausente. Azotada por la vorágine de sus pensamientos. "¿Y eso era todo? ¿Para qué le había hecho una promesa? ¡Las promesas son para cumplirlas! ¿Es que no se daba cuenta de que no soportaba estar por más tiempo allí? ¡Por qué no la ayudaba! ¡Solamente quería irse! ¡Ataques! ¡A quién no le darían ataques teniendo que dormir junto a la asquerosa de la Matilde y comer comida de puercos junto a puercos! ¡Los mataría a todos!".

Sus puños se cerraron con más fuerza. Su cara se convirtió en una máscara de furia, de odio reconcentrado. No, aquello no podía ser verdad.

"¡Vamos, "

Quería chillar. Necesitaba romper cosas. Golpear a alguien.

"¡Pero... Por qué...?"

Buscaba una respuesta entre las dudas, los temores, el cansancio y la angustia, la rutina y a desesperación.

"¡Ya está... Tiene que ser así!"

Sí, había sido una prueba. El quería saber si de verdad se encontraba bien, que ella le demostrase que podía valerse por sí misma, que verdaderamente sería capaz de enfrentarse a una negativa y encontrar trabajo. No, no podía ser otra cosa, porque ella tenía confianza en él y creía en sus palabras. Sí, y por eso le había dicho que volverían a hablar. ¿Pero, cuándo?... A lo mejor era hoy, si tenía guardia... ¿O tal vez fuera mañana? Seguro que Fraile estaba esperando que se lo preguntara. ¿Y a qué hora?...

Su rostro se serenó un poco. Paca dio media vuelta y recorrió la distancia que la separaba del despacho. La puerta estaba entornada y escuchó que hablaban. Sin darse cuenta, se encontró atendiendo a lo que decían.

- ...Entonces Paca venía diagnosticada como borderline, neurótica de tipo histeroide, ya sabes, coeficiente intelectual por los suelos, niña inadaptada...

-...Y le dijiste que podría irse cuando tuviera dieciocho años.

-Siempre que la evolución fuera positiva, claro... ¡Qué otra cosa le iba a decir!... Pero desde entonces ha ido a peor. Tiene tendencias psicóticas y además con un gran componente agresivo de carácter activo... No sé si te enteraste de que hace meses y medio golpeó con una saña inaudita a otra interna.

-Sí, lo de Felisa la Gorda. Me lo contó Evaristo. Pero, ¿por qué la agredió?

-Según contó luego, estaba cansada de que la molestara. Que si siempre le tocaba sus pertenencias, que si le deshacía la cama cada dos por tres, que si ella se lo había dicho a la enfermera y que esta no había hecho nada para remediarlo... -

dijo Fraile, con cierto retintín.

-¿Verdad o mentira?

-Un setenta y cinco por ciento de lo primero. No sucedía tan a menudo como Paca afirmaba, y en esta ocasión no se lo había dicho a la enfermera. Actuó por su cuenta... En realidad tiene muy bajo el nivel de tolerancia a la frustración.

-¡Pues sí señor, sí que tienes una bonita situación!

-¡Qué me vas a contar! Ya no es sólo el componente psicótico, sino su umbral histérico, que se ha sensibilizado y, ya sabes, los ataques se han vuelto más frecuentes. Y, para colmo de males, en los dos últimos meses ha surgido una verdadera crisis epiléptica.

-Un cuadro "halagüeño" en verdad... Y la pobre pensando en el alta...

-¡Alta! Su familia no quiere saber nada y, ya ves, le he suspendido la medicación durante una semana, para observación, y piensa que va a salir y que va a encontrar trabajo en la primera puerta que llame... Es triste, pero la cosa va para largo...

- Para "muy largo" diría yo, si analizamos detenidamente la evolución.

-Por lo menos un par de años, y eso si se consigue invertir el proceso. Así que ¡fíjate el panorama que tengo!

A Paca se le nubló la vista. Toda su amargura explotó en un alarido desgarrado. Salió corriendo por el pasillo, golpeando a quienes se interponían en su camino. La salida. ¡Tenía que llegar a la salida!

Salieron tras ella. Le cerraron el paso. La aferraron entre varios. Aullaba que la dejaran en paz, que sólo quería irse.

-¡Mi cumpleaños! ... ¡El lo prometió!

Rápido! ¡Una camilla! Sedante!

Pataleaba, intentando arañarlos. El cuerpo se le torcía en ángulos absurdos, descaído, escapando de quienes la agarraban.

-¡Dejadme en paz! ¡Él lo prometió!

Un sudor frío le perló la frente. Su cuerpo se puso rígido. Espasmos. Sus ojos giraron en las órbitas, hasta ponerse en blanco. Una saliva espumosa le escapaba de los labios.

-¡Pronto! ¡Ábrele la boca!... ¡ Colócale un protector, se va a cortar la lengua!...

Las convulsiones iban y venían: como sacudidas. Durante unos segundos, su cuerpo sin tono -marioneta sin cuerdas- tomaba una flojez insana, para luego resurgir en un estertor de fuerza y brío patológico.

-¡Tiene agallas la condenada!

-¡Un trapo vale! ¡Ábrele la boca! ¡Vamos!

Antonio le apretó las mandíbulas. Le pasó un pañuelo entre los dientes, que se cerraron como tenazas. Algunos internos se congregaron alrededor, mirando sin especial curiosidad.

-¡Ya está aquí la camilla!

-¡Venga! ¡Todos al tiempo! Ahora!

-¡Las correas!...

La noche en la planta se abrió paso en la nebulosa de su inconsciencia. Toses, ronquidos, el goteo de una cisterna, los ruidos insoportables de dieciocho años treparon por el sopor nacido de los tranquilizantes. El olor de la sala también quiso hacerse presente, y escarbó en sus fosas nasales, buscando el camino de su cerebro. Paca se incorporó un poco. Sentía que el cuerpo no le respondía, que los brazos le pesaban y que tenía débiles las piernas. La taquilla a los pies de la cama, la llave debajo de la almohada. "¿Pero en qué lado? Aquí está!... Me iré. Me iré aunque no quieran. ¡Dios mío, qué difi-

cil es meterla en el candado! La cabeza me duele. Piensas que no me puedo marchar, verdad, Fraile? Si aquí están ¡Qué bonitas son!...

Nota publicada en el diario... de fecha 2 de marzo de 199...

APARECE AHORCADA UNA JOVEN EN EL HOSPITAL PSIQUIÁTRICO

Una joven de dieciocho años de edad, Francisca Sánchez Hurtado, apareció ahorcada en los servicios de la tercera planta del Hospital Psiquiátrico de esta capital.

Según comunicaron a nuestro periódico doctores del Servicio de Unidad de Día de dicho centro sanitario, hacia las ocho de la mañana fue encontrada F.S.H. por otra interna, que inmediatamente dio aviso al personal de guardia en el establecimiento. La víctima, ya cadáver, pendía de los tubos de desagüe por medio de unas medias anudadas al cuello cuando fue hallada. No se conocen los motivos que pudieron llevar a la víctima a la realización del aparente suicidio, dándose la circunstancia de que un día antes celebró su cumpleaños, que pasó alegremente en compañía de otros internados, según fuentes competentes.